

CARTA DE JUAN VERNET A SOLEDAD GIBERT ACERCA DE LAS AVENTURAS DE UN JESUITA EN LA INDIA

Juan VERNET
Universidad de Barcelona

Querida Soledad. Era costumbre del siglo XIX que los artículos científicos publicados en las revistas de la época empezaran con la fórmula «Carta de Fulano a Zutano sobre...» algo así como, en otro aspecto, los libros árabes medievales (y no tanto) que manejamos empiezan con títulos rimbombantes como «Prados de rosas acerca de la historia de...»

Partiendo de este principio no te extrañará que sabiendo que el 31 de diciembre del año 2000, pasaste la noche vieja en tu casa de Tiana yo pueda sospechar que leíste «La Vanguardia» de ese día y que tal vez te fijaste en la carta al director que firmaba el señor Ramon Ordeig i Mata de Vic y que tenía por título «¿Jesuita desconocido?». Replicaba a un reportaje publicado en «La Vanguardia» del 13 del mismo mes sobre la obra de Josep Lluís Alay titulada: *El secret del Tibet. Desvelant la civilització del Sostre del Món en el quatre-cents aniversari de la mort d'Antoni de Montserrat* (Barcelona, Museu Egipci-La Caixa, 2000; 144 p). El título que precede lo he copiado de la primera página (no de la portada) que es la que tiene (o cuando yo estudiaba tenía) valor catalográfico. La portada acaba con las palabras «Sostre del món».

Como por suerte o por desgracia en mi época de Adjunto de la Universidad me tocó explicar —entre otras Historias la del Islam, me interesé, quizás en demasía, por los mogoles de la India, por Babur y sus descendientes, que en cierto modo, en sus primeras generaciones dio buen número de escritores en persa. Las ideas religiosas de uno de ellos, Akbar, que organizaba discusiones religiosas entre cristianos, musulmanes, etc., hizo que un grupo de jesuitas, tres, instalados en Goa, fueran llamados a participar en ellas. Son sumamente curiosas y recuerdan el espíritu de las sostenidas en la Bagdad de los abbasíes setecientos años antes, y que tanto desesperaban a los piadosos andalusíes si, de paso por la ciudad, llegaban a oírlos. Creo que todos los «andalusíes», entre los cuales nos contamos nosotros dos, hemos leído algo de ello.

Por tanto no te extrañará que inmediatamente después de leer la noticia corriese al Museo egipcio y comprase el catálogo, ya que en su momento me había interesado por el padre Antonio Montserrat S. J. (1535-1600) y del cual me consta que voluntariamente había cambiado su nombre en Montserrate por ser muy difícil la pronunciación de la desinencia *-at* a los no catalanes según ponía en su boca un manuscrito de la Biblioteca de la Universidad de Barcelona (¿el de Serra Postius?). Históricamente tenía interés porque había sido tutor del segundo hijo de Akbar, Murad. En aquél entonces, y dada mi manía por vaciar revistas, había encontrado una reseña de las vicisitudes de su obra bastante detallada y cuya

nota doy al pie¹, pues no sé que sus aventuras hayan sido traducidas del latín (o del inglés) a ninguna lengua hispánica. Y valdría la pena, si es así, hacerlo, al igual que seguir la pista del manuscrito en que las narra. Por las razones que sean no llegó nunca a Europa y se encontró en Calcuta a principios del siglo XIX, en 1906 estaba en la Catedral de San Pablo y el texto latino fue bien editado por el hermano Hosten S.J. y publicado por la Sociedad Asiática de Bengala.

Hace unos cinco años, y por motivos muy distintos de los de medio siglo atrás, volví a interesarme por el manuscrito y los informes que hasta ahora he conseguido indican que fue devuelto a sus dueños después de editarlo y que ha desaparecido. Afortunadamente en los «Monumenta Indica» (vols. XI-XVIII) de los «Monumenta Historica Societatis Jesus» (volumen XI ms. Pag. *14 I) se ha conservado, y las vicisitudes de la vida de nuestro hombre se hallan resumidas en el «Journal of the Royal Asiatic Society» (1924), 678-680 y pueden leerse con facilidad.

Aunque no sea propiamente un escritor, hay que insistir un momento en la personalidad del nieto de Babur, Akbar, dada su proyección político-religiosa en la historia universal que conocemos bien gracias a Abū-l-Faḍl 'Allāmī (958/1551-1011/1602) que escribió el *Akbar-nama*. Políticamente, su autoridad se extendió por casi todo el territorio que hoy vemos en los mapas constituyendo la India. Religiosamente, porque intentó crear una religión universal (como antes había hecho el egipcio Aġnatón y en el siglo pasado Bahā' al-Dīn) y escuchó los dogmas, creencias y discusiones que se sostuvieron ante él. Y es interesante subrayarlo aquí, porque en 987/1579 pidió a los portugueses de Goa que le enviaran tres religiosos. Fueron a su corte los jesuitas Aquaviva (napolitano), el catalán de Vic Antonio Montserrat [e] y otro, converso, de origen persa, que había adoptado el nombre de Enriquez. Monserrate, que fue nombrado preceptor del segundogénito imperial, Murād, escribió en latín una larga descripción de sus viajes que aún hoy resulta fundamental para conocer la época que le tocó vivir. Esta llegada de los jesuitas a la India nos es narrada además por un testigo de excepción, el ya citado Abū-l-Faḍl. Nos transmite la noticia, en persa, de una de las polémicas que presenció en una sala destinada a esos fines por el Emperador. Extrañamente, su pasaje recuerda otros del mismo contenido celebrados en Bagdad siglos antes:

«Cuando la Capital se iluminó con motivo del regreso de la Imperial Presencia, se volvió a la normalidad y la Casa de la Sabiduría resplandeció de nuevo, las tardes de los viernes, con las luces de la santa inteligencia. El 20 del mes *mir*, y en aquel sitio, los méritos de filósofos y doctores fueron puestos a prueba: sufíes, predicadores, juristas, sunnís, xiíes, brahmanes, jaina, budistas,

¹ MONTSERATE, A: *The commentary of Frather Montserrate, S. J. on his journey to the court of Akbar* (trad. del latín al inglés por Hoyland, Notas de S. N. Banerjee, Revisión de R. R. Dewhurat (Bombay, Oxford U. P., 1922; LVIII, +220 pp.) Creo que existe una segunda publicada recientemente. Art. sv. en «Diccionario de Historia Eclesiástica de España».

materialistas, cristianos, hebreos, mazdeos y doctos de todas las religiones fueron puestos a prueba con alegría en aquella Asamblea Real. Cada uno, sin temor, exponía sus ideas y sus argumentos y las polémicas eran largas y vivas. Cada secta, con orgullo atacaba y refutaba las ideas de sus contrarios. Una noche la Sala fue iluminada con la presencia del P. Rodolfo [Aquaviva] a quien ningún docto cristiano podía comparársele ni en inteligencia ni en sabiduría. Algunos atrevidos le atacaron y ello le dio pie para mostrar lo sensato de sus juicios ante todos los reunidos. Aquéllos intentaban seguir adelante con las creencias tradicionales sin llegar a utilizar la razón. Sus afirmaciones quedaron refutadas y ellos avergonzados. Cambiaron de táctica queriendo demostrar las contradicciones del Evangelio, pero no consiguieron probarlas. El Padre, con calma, replicó: –Si esa gente tiene tal opinión de nuestro Libro y creen que *El Corán* es la Verdadera Palabra de Dios, enciéndase un fuego en el cual entraremos yo, con *el Evangelio* en la mano, y ellos con su Libro Santo y resplandecerá la Verdad–. Los abyectos y viles rechazaron la propuesta y respondieron airadamente. El Emperador se irritó...».

El biznieto de Babur, Chahangir (977/1569-1037/1627), escribió también sus *Memorias* que compiten con las de su antepasado, aunque muestran su carácter más cruel y más «licencioso» que le llevó a la tumba antes de lo que hacía sospechar su robusta compleción.

Ambas, las autobiografía de Babur y Chahangir, sólo pueden compararse, y remotamente con los pasajes autobiográficos de un historiador chagatay, Abu-l-Gazi Bahadur Jan (c.1012/1603-1074/1663), en su libro la *Cheyere-i Türk* (*Genealogía de los turcos*). Fue príncipe de Jiwa y pronto conocido en Europa por obra de dos suecos hechos prisioneros en la batalla de Poltava (1709).

No creo que esté por demás tratar un poco de nuestro personaje y de la vicisitudes que le tocó vivir en un entorno, el del Imperio de los mogoles (no mongoles) iniciado por Babur quien escribió sus *Memorias* en turco chagatay y no fue mal poeta ni en persa ni en turco, por lo cual al pie de esta noticia le dedico unas líneas, y que, a la postre fue el origen del título imperial que acabó utilizando como Emperatriz la reina Victoria de Inglaterra debido a una hábil maniobra político-protocolaria dirigida por su primer ministro, descendiente de judíos valencianos, Disraeli.

Poco se sabe de la juventud del padre Monserrate salvo que fue miembro del convento de Santa Marta. En 1581 acompañó al Emperador más allá de Peshawar hacia donde se dirigió para sofocar los ataques de uno de sus hermanastros al Punjab. La conducta de Akbar y la promulgación del decreto *Dīn-i-Ilahi* («La religión Divina») le aparta del soberano, aunque éste le mandará acompañar a una embajada que envía a Europa hasta más allá de Goa en donde empezó a trabajar en la redacción de sus viajes. Enviado a Abisinia fue capturado por piratas árabes yemeníes y permaneció en cautividad en Sanaa, donde terminó el relato, a pesar de su mala salud, y allí permaneció hasta que fue rescatado en 1590. La obra tiene gran interés para la Historia de la India y recoge anécdotas, históricas o no,

atribuidas a Gengisján y Timur, los antepasados de Babur. Sin embargo lo más interesante es la descripción del carácter de Akbar. Y el texto demuestra que el Padre Montserate fue hombre apasionado.

Y creo, que como he dicho antes, ha llegado el momento de referirnos al antepasado de Akbar, Babur como hombre de letras.

El conquistador turco de la India y fundador de la dinastía de los grandes mogoles que sobrevivió un par de siglos, hasta la revolución de los cipayos (1856-1858), fue un gran escritor y narró sus propias experiencias en unas *Memorias*, compuso varias obras más, cuyo contenido permite considerarle como el mejor escritor, después de Navaí, de las literaturas turcas del Asia Central. Sus dotes de observación, espíritu analítico, el detalle y realidad de sus observaciones y la imparcialidad —que sólo rompe pocas veces al tratar de Šaybānī— le hicieron ser considerado como un modelo de historiador. Algunas de sus otras obras son aludidas de refilón en *Las Memorias*. En esta obra se encuentra incrustado un poema mnemotécnico del máximo interés científico fechado en el 935/1528 en que expone el valor de los múltiplos y submúltiplos de las medidas indias de longitud —legua, paso, cuerda, codo— que parece tener un fin catastral para el cobro de impuestos. No podemos entrar en su análisis aquí pero parece ser que es un derivado oriental de la medida del grado de meridiano terrestre mandado hacer, ocho siglos antes, por el califa abbasí al-Ma'mūn.

Su *Diwan* está escrito en gran parte en turco pero incluye también composiciones en persa. En él están representados todos los metros y estrofas entonces en uso e incluye, además, los versos que insertó en la *Memorias*, la estrofa típica turca llamada *tuyug* y varias composiciones populares (*türkür*), alguna en métrica silábica. Utiliza todos los artificios preciosistas en boga en la literatura persa. Los poemas no están ordenados en el orden «normativo» de la preceptiva, pero no es la única excepción ni en el mundo musulmán en general ni en el árabe en particular.

Babur no sólo fundó una dinastía que dio durante siglo y medio monarcas de gran talla, sino que también tuvo la suerte de que varios de sus descendientes fueran buenos escritores. En este último aspecto los hijos heredaron sus dotes, como ocurre alguna vez en los campos del saber la facilidad para el cultivo de uno u otro se transmiten de padres a hijos como los músicos Strauss o los matemáticos Bernouilli y Gaus o, más cerca de Oriente, con la dinastía de los Ibn Qurra, en la Bagdad califal.

La lectura de las *Memorias* de Babur sugiere inmediatamente su comparación con la escrita por Jaime I, el conquistador de Mallorca, Valencia y Murcia a mediados del siglo XIII. Es decir, unos tres siglos antes de que Babur conquistara la India. La crónica del hispano está escrita en *primera persona* y admite la comparación, a pesar de la diferencia de religión, cultura y distancia que les separa con la del turco. Se nos conserva en un original copiado entre 1313 y 1327 con los nombres de *Crónica* (recuérdese que Babur se refería a su obra como *Waqā'ī*) o *Llibres dels Feys* y en ambos autores se nota cómo les ha influido su

papel de «actores» en primera persona de los hechos que narran. Tuvieron además una infancia similar pues huérfanos muy pronto se vieron vapuleados por las vicisitudes de la política, aunque Jaime I no se enfrentara tan pronto como el turco con el enemigo en el campo de batalla. La suerte de sus manuscritos fue distinta. La transmisión del texto catalán fue más segura mientras que el del chagatay sufrió no solo las inclemencias del tiempo meteorológico (monzones) sino también las inherentes a la obra propia de un Emperador. Ya en vida empezaron a escribirse copias, resúmenes y traducciones al persa seguidas por retraducciones de esta lengua al chagatay lo cual hace que aún hoy en día se discuta cual de estos textos debe ser usado como base.

Estos problemas no se plantean cuando se comparan las *Memorias* de Babur con otro texto islámico, éste en árabe, con el *Libro de las experiencias* de Usāma b. Munqid. Conservadas en un manuscrito único, con cortes en la narración y los *excursus* que realiza sobre distintas materias, su autor se nos muestra tan sincero como el Emperador de la India y el Rey de Cataluña y Aragón. Si se considera que las grandes disgresiones que Babur inserta sobre la naturaleza, la técnica y otras cuestiones presentan una analogía similar a las que Usāma coloca al fin de sus *Experiencias* propiamente dichas, el parecido ente ambas se acentúa aunque la diferencia sea inmensa puesto que el Emperador deseaba emular, y lo consiguió, las hazañas de sus grandes antepasados mientras que Usāma, nacido en el seno de una familia feudal, no aspiraba al Imperio y se contentaba en constituir con su mesnada la mano de obra de un príncipe más poderoso. Algo parecido a lo que ocurrió ideológicamente entre el emperador Alfonso VI, al-Mu'taman de Zaragoza y el Cid.

La autobiografía es un género poco cultivado entre musulmanes y españoles tal vez por la «pereza» innata de unos y otros al manejo de la pluma cuando podían hacerlo de la lanza. Lo sorprendente del caso de Babur fue que diera origen a una dinastía que cultivó bien, durante cuatro generaciones, ambos campos y que los tres, Usāma, Jaime I y Babur, cultivaran su afición tal y como la describió el andalusí Ibn Saïd al-Magribí:

Las lanzas puntuaban lo que escribían sus espadas
El polvo del combate era la arenilla que secaba el escrito y la sangre
lo perfumaba²

² Verso de Ibn Saïd al-Magribí, de Alcalá la Real, editado y traducido por Emilio GARCÍA GÓMEZ: *El Libro de las Banderas de los Campeones de...* (Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan, 1942) Verso número 200.